

PROGRAMAS Y DESTINOS DE LAS FRONTERAS DE ISRAEL

La guerra de octubre del corriente 1973, en la que Egipto y Siria se enfrentaron una vez más con Israel, destacó principalmente su actualidad y su dramatismo al referirse a las conexiones e implicaciones con la política mundial en general. Así, entre los aspectos que fueron más comentados y subrayados desde los sectores de observación de Europa occidental, destacaron, por ejemplo, el de la acción bilateral de las grandes potencias, el de los poderes efectivos del Consejo de Seguridad, el de la crisis petrolífera, etc. Sin embargo, en relación con el tiempo y el espacio referidos, el conjunto de las regiones que componen el Próximo Oriente, el verdadero eje del interés está en otros aspectos muy distintos. Y entre ellos, naturalmente, predomina el de cuál pueda ser una efectiva estabilidad pacífica del Estado sionista israelí con el conjunto de sus vecinos.

Entre las más efectivas y objetivas conclusiones deducidas después de la contienda de octubre, destacan la de que si los israelíes saben hacer la guerra, en cambio, no saben hacer la paz. Hasta hace poco tiempo el mayor inconveniente era que los gobernantes de Israel se habían venido negando a entablar ninguna negociación en plan de igualdad con los dirigentes y portavoces de ninguno de los poderes árabes. En Tel Aviv se admitían conversaciones sueltas que fueren dictadas o coacciones contra éste o aquel Estado árabe suelto; pero se rechazaba el que pudiese llegarse a una paz cumpliendo previamente las decisiones de la ONU, como las referentes a evacuaciones de zonas ocupadas por la fuerza y al retorno de los palestineses refugiados.

Sabido es también que los gobernantes israelíes extremaban (y aún extreman) su tozudez, afirmando que para ellos la mayor necesidad es obtener lo que llaman «fronteras seguras y reconocidas», como dice la señora Golda Meir. Pero indudablemente nadie puede explicar no sólo cuáles puedan ser esas fronteras, sino ni siquiera qué debe entenderse por dicha «seguridad».

Es evidente que ni en el Próximo Oriente existen hoy fronteras que sean del todo aisladoras ni del todo invulnerables. La seguridad ya no es militar y casi ni siquiera política, sino sobre todo de buena fe humana.

Siguiendo sólo tácticas de violencia, Israel no podrá jamás derrotar de veras a sus actuales adversarios ni mucho menos arrollarles y anularles. No sólo por la razón aritmética de que éstos podrían llegar a tener recursos humanos treinta veces mayores que los israelíes. También porque detrás de los Estados conocidos como «árabes» existen otros sectores de intereses coincidentes con ellos en las dos extensiones del islamismo oriental y del Africa continental. El antecedente de que militarmente Israel haya ganado o casi ganado tres veces no garantiza que eso suceda indefinidamente, pues en conjunto el denominado «mundo árabe» puede ir aumentando indefinidamente sus recursos y su material.

Todo esto plantea evidentemente la oportunidad de recordar cuáles han sido las teorías sionistas abstractas y sus posteriores aplicaciones graduales completas en cuanto al establecimiento, luego el desarrollo y, por último, la hegemonía de un territorio judío creado a base de la antigua Palestina. Todo ello refiriéndose sólo al tema de las fronteras.

Cuando en el año 1897 fue oficialmente fundado y establecido el movimiento sionista en el Congreso de Basilea, en Suiza, sólo expresó el objetivo de que en Palestina se crease un centro de referencia cultural, social y filantrópico, el cual sirviese de enlace a aquellos núcleos judíos no integrados en las nacionalidades de residencia (sobre todo los judíos que sufrían de discriminación en la Rusia de los zares y en otras partes). Como Palestina era entonces sólo una provincia del imperio-jalifato turco de Estambul, los sionistas no podían pedir que se les cediese ningún territorio con plena soberanía. Así se limitaron a definir como el primero de los objetivos de su movimiento lo siguiente: «El sionismo lucha con el fin de crear en Palestina un hogar para el pueblo judío, garantizado por el Derecho público.»

Cuando el imperio-jalifato turco desapareció, como una consecuencia indirecta de la I Guerra Mundial, la organización sionista presentó ante la Conferencia de la paz en Versalles un memorándum en el cual exigía que se le entregase un gran sector de las comarcas árabes del sultanato de Osmanlı para convertirlas en un «Estado sionista». Tal exigencia no sólo se refería a toda Palestina propiamente dicha, sino a trozos de otras regiones arábigas. Por ejemplo, de la actual República del Líbano los sionistas

pedían todo el Sur, con las poblaciones de Sidón y Tiro; de Siria, todas las alturas del Golán y el monte Hermon; de Jordania, casi todo el territorio al este del río Jordán y las dos riberas del golfo de Aqaba. De Egipto, un trozo del Sinaí, incluyendo la costa mediterránea del Arich.

Como para ganar la guerra contra el imperio turco la Gran Bretaña se había beneficiado del apoyo que le prestaron los nacionalistas árabes de La Meca, Medina, Damasco y otras varias partes, la Conferencia de la Paz tuvo que tener en cuenta aquel apoyo precedente. Pero como el 2 de noviembre de 1917 el ministro británico del Exterior, Arthur Balfour, había prometido a la organización sionista que le concedería establecer en Palestina un «Hogar Nacional Judío», aquello fue también tenido en cuenta. En realidad, cuando el 24 de julio de 1922 la Sociedad de Naciones confirió a la Gran Bretaña la tutela sobre los territorios situados al Oeste y el Este del río Jordán, lo hizo en forma de un doble mandato, con dos territorios diferentes y separados (Palestina y Transjordania), bajo autoridad de un mismo alto comisario inglés. Así Inglaterra actuaba en beneficio propio, no en el de los sionistas ni en el de los nacionalistas panarábigos.

Respecto a las fronteras de la Palestina del Mandato, lo esencial era que los sionistas no tenían nada que ver con ellos, pues aunque se les permitió establecerse en Palestina y se facilitó sus adquisiciones de tierras, el poder territorial era inglés. Además el Mandato tenía en cuenta legalmente el segundo punto de la Declaración Balfour, el cual decía: «queda claramente entendido que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las colectividades existentes en Palestina». Lo cual se refería, naturalmente, a los palestinos, tanto árabes-cristianos como árabes-musulmanes.

Dentro del mismo año 1922 (y siendo Churchill ministro de Colonias), el Gobierno británico hizo una aclaración al objetivo del Mandato, explicando que la Declaración Balfour no prometió que Palestina fuese transformada en Hogar Nacional Judío, sino que tal hogar debía ser instalado en Palestina. Sin que ni siquiera implicase que se le atribuyese un trozo de Palestina, sino que estaría situado en general dentro de las fronteras del territorio palestínés.

En 1931, con motivo de tener lugar en Basilea el XVII Congreso Sionista, Ben Gurión (entonces jefe del partido sionista-laborista) propuso que se sometiese a la potencia mandataria una petición de que se dejase a los

judíos que iban llegando a Palestina establecerse también en tierras del emirato de Transjordania. Aquello tenía la intención de producir una saturación de inmigrantes sionistas, que en el futuro llegasen a controlar a la vez dicho país y el palestino. Fue un intento de que la acción sionista tuviese como fronteras de su expansión las del doble sector de presencia británica, para que en el caso de que Inglaterra se fuese alguna vez, los sionistas pudiesen apoderarse de todo. Pero desde los tiempos de la «revolución del desierto» del célebre coronel Lawrence, la Gran Bretaña había hecho de la dinastía hachemita (a la cual pertenecía el soberano de Transjordania) un punto clave de su influencia próximo-oriental. Así, el Reino Unido mantuvo el lado Este del río Jordán cerrado a toda inmigración forzada.

La II Guerra Mundial ocasionó entre sus principales consecuencias europeas y americanas la intervención de los Estados Unidos, donde la organización sionista tenía sus bases más firmes y sus portavoces más exaltados. En mayo del año 1942, en el hotel Biltmore de Nueva York, tuvo lugar una conferencia de sionistas norteamericanos, europeos y de Palestina. Aquella reunión fue impulsada por un llamado «Comité de Urgencia para los Asuntos Sionistas», organizado por algunos dirigentes y potentados del sionismo estadounidense que estaban en relación estrecha con la Casa Blanca, de Washington. Ellos representaban una política conquistadora, encaminada a pedir que el Mandato británico sobre Palestina fuese reemplazado (después de terminar la guerra de Europa) por un Estado judío-sionista.

En el territorio palestín existía entonces un núcleo de judíos comprensivos y moderados, que (con un sentido pan-semítico) querían que Palestina llegase a ser un país regido tanto por los judíos como por los árabes islámicos y cristianos, en buena armonía. La figura más importante y prestigiosa de aquella «ala razonable» del sionismo era el doctor Judah Magnes, rector de la Universidad de Jerusalén. En el otro extremo estaban quienes seguían las teorías extremistas de un tal Wladimir Jabotinsky, el cual había impulsado un movimiento para que el judaísmo implantado en Palestina se extendiese por la violencia en contra de los antiguos habitantes del país. Aquella segunda tendencia fue la que se impuso en la reunión de Nueva York. Entonces, con fecha 11 de noviembre de 1942, fue aprobado el llamado «Programa Biltmore», destinado a ir siendo implantado mientras duraba la presencia británica en sus zonas de mandato. Dicho Programa Biltmore solicitaba lo siguiente: El establecimiento inmediato de una co-

munidad judía como poder local en Palestina y sobre Palestina; la inmigración ilimitada para la colonización judía en dicho territorio; y la formación de una fuerza militar sionista con bandera propia.

Cuando después de terminada la guerra mundial se trataba de reajustar todo lo internacional, la Organización Sionista envió el 3 de mayo de 1945 al presidente estadounidense Roosevelt un mensaje solicitando que él gestionase cerca de las demás potencias vencedoras y de sus organismos comunes la aplicación de los siguientes tres puntos:

- 1.º Creación de un Estado judío-sionista que englobase toda Palestina, y que pudiese eventualmente extenderse a Transjordania.
- 2.º Visto bueno para expulsar a toda la población árabe palestina, llevándosela probablemente al Iraq.
- 3.º Liderazgo del Estado sionista sobre todo el Próximo Oriente, tanto respecto al control político como al liderazgo económico.

Aquel programa tan exagerado y ambicioso no fue tomado en consideración por diversos motivos. Uno de ellos el hecho de que con fecha 22 de marzo de 1945 fue constituida en El Cairo la Liga de los Estados Arabes, por los siete países que eran ya oficialmente independientes, o sea: Egipto, Iraq, Arabia Saudita, Yemen, Transjordania, Siria y el Líbano. Todos ellos aliados y solidarios.

Como una fórmula intermedia entre la prudencia de Inglaterra, como antigua experta en cuestiones arábicas, y la impaciencia menos documentada de los dirigentes norteamericanos, el asunto de Palestina fue llevado a la entonces aún flamante Organización de las Naciones Unidas. Allí se aplicó la fría fórmula de un *fifty-fifty*, después de que Gran Bretaña cansada de una pugna violenta con los grupos extremistas sionistas de las organizaciones «Irgún», «Stern», etc., pidió el 2 de abril de 1947 a la ONU que se encargase de Palestina. Así llegó al plan de partición establecido por la Asamblea General el 29 de noviembre de 1947. El 56 por 100 del territorio palestino fue atribuido a un futuro «Estado judío» que regiría la Organización Sionista. El 43 por 100 sería un «Estado árabe», regido por una entida de dirigentes palestinos musulmanes y cristianos. Y el diez y pico por ciento, en Jerusalén y sus cercanías debían constituir una «zona internacional» bajo la administración directa de la ONU.

Así por primera vez fueron entonces determinadas para el futuro Estado de Israel unas fronteras fijas, dentro del suelo palestino propiamente dicho.

Pero también entonces se dispusieron los jefes sionistas a iniciar una larga serie de actos hostiles fuera de las Naciones Unidas. Desde diciembre del mismo 1947, hasta que el 14 de mayo de 1948 se puso fin al mandato británico, el ejército regular que habían organizado los sionistas (es decir, la «Hagana») fue ocupando por la fuerza las zonas que evacuaban los ingleses. Y cuando el mismo 14 de mayo se proclamó el Estado de Israel, la mitad de las fronteras internas palestinas establecidas por la ONU habían sido rotas y absorbidas en beneficio del territorio sionista. Así pasó con Haifa, Jaffa, Deir Yassín, Tiberiades, Acre y la misma Jerusalén (el 1 de mayo).

La guerra que los Estados arábigos contiguos emprendieron a continuación, llegó en los primeros momentos a cortar la zona sionista hasta muy cerca de la costa, y a recuperar parte de Jerusalén. Pero la aceptación de la tregua que las grandes potencias impusieron el 9 de junio, sirvió para que los sionistas se fortaleciesen y retuviesen la mayor parte del proyectado Estado árabe-palestino. Sin hacer caso a diez órdenes parciales de alto el fuego, que el Consejo de Seguridad fue dando hasta el 11 de agosto de 1949.

En cuanto a las fronteras del Estado israelí, después de haberse firmado en Rodas los acuerdos de armisticio, los gobernantes de Tel Aviv comenzaron una nueva etapa de expansión, tendiendo a crear un segundo círculo de límites, fuera y más allá de la antigua Palestina. Por ejemplo, respecto a las zonas desmilitarizadas que se habían creado entre las líneas israelíes y las jordanas, sirias y egipcias: por ejemplo, en Auya, tropas israelíes arrojaron de sus oficinas a todos los miembros de la organización de supervisión de la ONU, instalando luego allá una frontera como una punta avanzada contra Egipto. También fue una acción arbitraria la anexión a Israel de Elat sobre el Golfo de Aqaba, apuntando contra un borde fronterizo de Arabia Saudita y del Sur de Jordania.

En 1952, David Ben Gurión (entonces jefe del Gobierno de Tel Aviv) mostró gran descontento respecto a las fronteras del país sionista, afirmando que el Estado de Israel debía basarse en una tendencia a la expansión. El mismo año, en el prólogo al *Anuario Oficial*, Ben Gurión añadió que el Estado de Israel había sido establecido sólo en «una porción de la tierra de Israel». El 15 de febrero, Moshe Dayan (entonces jefe del Estado Mayor) declaró: «Al pueblo incumbe preparar la guerra, pero incumbe al ejército combatir, teniendo como último objetivo edificar el Imperio de Israel». Y en

octubre de 1955, Menahem Beigin (jefe del partido Herut y miembro gubernamental) pidió en el Parlamento israelí (Knesset) «el lanzamiento inmediato de una guerra preventiva contra los Estados árabes», con la finalidad de crear nuevas fronteras dentro de los territorios egipcio y de Jordania.

La participación bélica israelí en el ataque que desde Londres y París fue lanzado sobre el Canal de Suez después de su nacionalización por Egipto en 1956, tuvo el propósito deliberado de aprovechar la ocasión para anexionarse por lo menos la faja de Gaza, y eventualmente un sector en el norte del Sinaí. Incluso se llegó a hablar de un proyecto israelí para construir un segundo canal paralelo al de Suez, entre la costa egipcia del Arich (que Israel anexionaría) y el puerto israelí fortificado de Elat. Aquello falló porque las superpotencias hicieron retirarse a las fuerzas anglo-franco-israelíes. Y porque entonces se crearon los primeros «cascos azules» internacionales, guardando precisamente las líneas de Gaza y el Sinaí.

La apodada Guerra de los Seis Días, de junio de 1967, tuvo entre sus principales efectos el de remover toda la cuestión de las fronteras, que hasta entonces venía refiriéndose sobre todo al espacio israelí sobre el antiguo suelo palestino. Al acabar las hostilidades, Israel añadió a las 8.017 millas cuadradas que venía siendo su superficie oficial después de 1949, otras 26.476 millas cuadradas de territorios ocupados pertenecientes a Egipto, Jordania y Siria. Pero lo más grave no fue el hecho de retener aquellas zonas ocupadas, a pesar de las comunicaciones que para que las evacuase hizo la ONU (sobre todo la famosa resolución número 242 del Consejo de Seguridad, del 22 de noviembre de 1947). Fue el empeño de que quedasen anexionadas muchas zonas esenciales para el conjunto árabe, como el Golán y toda Jerusalén; así como la creación del hecho consumado de las líneas fortificadas en el lado Este del Canal. El ministro israelí de Asuntos Exteriores, Abba Eban, dijo entonces: «Israel no tiene intención de despilfarrar la posición adquirida por su victoria militar»; Moshe Dayan, ministro de Defensa, especificó: «Creo que en ningún caso se debería entregar la faja de Gaza ni devolver la parte Oeste de Jordania al rey Hussein.»

Desde Egipto, el presidente Anuar el Sadat se convirtió después de 1970 en el principal portavoz del criterio general árabe de que los hechos consumados de las conquistas no daban a Israel ningún derecho territorial. Un aspecto esencial en la argumentación de Sadat era que Israel quería hacer que el alto el fuego provisional de 1967 se afirmase internacionalmen-

te como un Estado de hecho, para que si transcurrían años y años Israel llegase a procurar ante la ONU que poco a poco se considerase como un Estado de derecho. Y Sadat advertía que la propuesta que él había hecho en febrero de 1971 para que provisionalmente se abriese y funcionase el Canal de Suez, no significaba que ni el canal ni el núcleo del Sinaí se transformasen en sectores de límites rectificadas.

Insistiendo sobre el tema fronterizo desde 1972 pudo notarse en El Cairo cierta tendencia a colocar en planos separados la cuestión de las fronteras egipcias y sirias, y la de las fronteras tradicionalmente palestinas. Desde el mandato británico de 1922 hasta la guerra de 1967, el problema había sido determinar la extensión y los bordes de los territorios controlados por el sionismo; pero siempre dentro de las comarcas físicas del Jordán. En cambio las anexiones (no confesadas, aunque consumadas) del Sinaí egipcio y el Golán sirio, eran el resultado de invasiones violentas sobre suelos de dos Estados vecinos independientes y del todo ajenos a los viejos suelos de la Palestina histórica.

Hubo un momento en que incluso algunos sectores recelosos u opositores dentro de la opinión pública egipcia llegaron a preguntarse si era justo que el país del Nilo pagase las culpas de los problemas palestinos, y si no se debía procurar ante todo que las tropas israelíes se marchasen fuera del suelo «del Egipto de siempre», aunque fuese mediante compensaciones. Aquel criterio pesimista desapareció pronto. Pero dentro de la política general próximo-oriental ha quedado la sensación de que cada país tiene una causa fronteriza diferente.

La guerra de octubre de 1973 ha hecho que en lo mundial los intereses y los programas locales o regionales de los países que han sido beligerantes hayan quedado estrechamente subordinados a los intereses; e incluso a los caprichos de las mayores superpotencias. El mismo papel de conjunto de la Organización de las Naciones Unidas ha quedado un poco borroso y circunstancial. Aunque en teoría siempre hay un punto de referencia común y aceptado por casi todos (excepto por Israel y los guerrilleros palestinos), o sea, la famosa resolución 242 del Consejo de Seguridad. Del lado árabe su cumplimiento llevaría a la mayor satisfacción moral de ver que Israel tornase a su forma y extensión de 1949. Pero hay que tener también en cuenta que desde el punto y hora en que los Estados árabe-orientales aceptaron dicha resolución, reconocieron también implícitamente la existencia del Estado de Israel y su posible convivencia con él.

Respecto a las futuras posibles gestiones o negociaciones con vista a la paz, Egipto pone el mayor empeño en aferrarse a sus motivos histórico-legales. En El Cairo, subrayan los antecedentes irrefutables de que desde los remotísimos tiempos en que el país del Nilo era regido por la dinastía macedonia de los Tolomeos, hasta los siglos en que Egipto estuvo englobado en el sultanato turco osmanlí de Estambul, la frontera egipcia se mantuvo fija al Norte del Sinaí. Así siguió durante la ocupación británica; y fue solemnemente reafirmada después de la independencia egipcia que creó la monarquía de 1922. Por eso Egipto considera indispensable que antes de tratar con Israel, éste se repliegue a las zonas palestinas.

Para Siria la situación es semejante, pues en el sultanato turco todo el lado Este del alto Jordán y el lago de Galilea dependían directamente de Damasco. En cuanto al Golán y al monte Hermón, constituyen la cabecera física e hidrográfica de la capital siriaca; por lo cual su propiedad es para los sirios una cuestión nacional vital.

El Líbano es un caso muy especial. El hecho de que una comarca entera en el lado Sureste avanzando un poco sobre Israel y el Golán, sea el principal punto de concentración de las guerrillas de los núcleos palestinos de la OLP, da un aire dramático a la situación fronteriza permanente; con el cañoneo de los «fedayín» hacia el lado israelí, y los frecuentes bombardeos de la aviación sionista. Por otra parte, el Líbano sería el Estado contiguo más fácil de conquistar por Israel si se lo propusiese (y acaso en horas más que en días), pues el Líbano sólo tiene una pequeña gendarmería y carece de verdadero ejército. Pero se cree que eso nunca llegue a suceder, por varios motivos: como el de que la frontera libanesa-israelí constituye un portillo abierto para los gobernantes de Tel Aviv, ya que aquél es el único sector propicio al comercio, al contrabando y otras irregularidades. Además el Líbano, aunque oficialmente fiel al sistema de la Liga Árabe, cuenta con sectores políticos proisraelíes. Y luego atacar al Líbano significaría para Israel atacar enormes intereses locales existentes de Europa occidental. Sobre todo franceses, italianos, anglosajones, etc.

En Jordania hay una curiosa contradicción procedente de que por un lado es el sector que siempre fue la meta más aguda del expansionismo sionista, y por otra parte, parece tender ahora a constituir el principal tope y límite de la acción de Israel al Este. En la guerra de junio de 1967, Jordania perdió 5.878 kilómetros cuadrados de sus mejores tierras (incluso Jeru-

salén). De los 96.622 kilómetros cuadrados que le quedaron más de 80.000 son desierto casi improductivo. Sin embargo, el rey Hussein ha conseguido que el curso del río Jordán sea ya una linde reconocida. E incluso Golda Meir, el 20 de octubre, dijo que considera a Jordania como la «patria natural de los palestinos»; incluso los suelos de Cisjordania que Israel estaría dispuesta a devolver.

Al principio lo mismo que al final parece indudable que todos los problemas internos y externos del Estado y la nación sionista se basan en las preguntas de hasta dónde tendrá Israel que llegar en sus conquistas y anexiones para realizar su consigna o *slogan* de quedar fijo con «fronteras seguras». En realidad dichas fronteras ya no pueden ser factibles ni en el plan estratégico ni en el táctico, ni por la geografía ni por la organización. Los avances de la técnica militar han demostrado que el espacio ya no es un obstáculo eficaz ante aviación, missiles, paracaidistas, etc. Aunque Israel aumente en el futuro su territorio y sus medios bélicos, el tiempo trabaja igualmente para ellos y para los árabes en posibilidades de preparación técnica y organización (con la ventaja para los árabes de sus suelos más extensos y sus poblaciones más numerosas). Si las verdaderas «fronteras seguras» de cualquier parte son las aprobadas y estimadas por las naciones que delimitan, las «fronteras seguras» de Israel sólo podrán ser las que acepten los países árabes de la región. Sobre todo en vista de que la aplicación de la consabida resolución 242 lleva incluido un reconocimiento simultáneo de la existencia y subsistencia del Estado de Israel.

RODOLFO GIL BENUMEYA